

El legado de Maude Donegal
El hijo superviviente

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Cardiff, by the Sea y The Surviving Child*

En cubierta: © Richard Tuschman/Trevillion Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© The Ontario Review, Inc. 2020

Published by arrangement with The Mysterious Press,
an imprint of Grove Atlantic, Inc., New York, NY, USA

© De la traducción, Susana de la Higuera Glynne-Jones

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-01-4

Depósito legal: M-29.981-2021

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Joyce Carol Oates

El legado de Maude Donegal
El hijo superviviente
Dos novelas de misterio

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynne-Jones

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

El legado de Maude Donegal	11
El hijo superviviente	205

A Ernie Lepore

EL LEGADO DE
MAUDE DONEGAL

I

En el oscuro y maloliente hueco debajo del fregadero. Detrás de las cañerías. Se ha hecho tan pequeña como para esconderse aquí.

Hebras de una telaraña rota se le adhieren a la piel. Los ojos anegados en lágrimas. La espalda encorvada como la de un pequeño mono. Los brazos rodeando con fuerza las rodillas encogidas contra su pequeño y plano pecho.

No es más que una niña, lo bastante pequeña como para salvarse. Lo bastante pequeña como para caber en la telaraña. Lo bastante lista como para saber que no debe llorar.

No debe respirar. Para que nadie pueda oírlo.

Para que él no pueda oírlo.

Se abre la puerta del escondrijo, divisa los pies de un hombre, sus piernas. Ella ve, y no ve, el brillo de algo oscuro y húmedo en las perneras del pantalón. Ella oye, y no oye, sus jadeos rápidos y entrecortados. Con una sonora y feroz risotada se agacha para mirar en el hueco. La ha descubierto. Su rostro es un borrón de lágrimas. Su boca se mueve y está hablando con ella, pero ella no oye las palabras. Entonces la puerta se cierra de nuevo y ella vuelve a estar sola.

De esta manera, queda decidido. Le es permitido vivir en la telaraña.

Suena el teléfono. De forma inesperada.

No su teléfono móvil, que Clare (es bastante probable) respondería sin pensárselo dos veces, sino el otro teléfono, el fijo, el que rara vez suena.

Solo unos segundos para decidir: ¿Debería descolgar el auricular?

Advierte que el identificador de llamada no reconoce ese número. Se imagina que debe de tratarse de una llamada robotizada.

Sin embargo, esta lluviosa mañana de abril, por curiosidad, o soledad, o desidia, descuelga el teléfono.

—¿Sí? ¿Diga?

Una de las conmociones de la vida de Clare.

Porque parece ser que la ha llamado un desconocido, que se presenta como un abogado de un bufete de Cardiff, Maine. Le anuncia que es la heredera de una persona de la que nunca ha oído hablar:

—Maude Donegal, de Cardiff, Maine. Su abuela.

—¿Disculpe? ¿Quién?

—Maude Donegal, la madre de su padre. Ha fallecido a la edad de ochenta y siete años...

No está segura de lo que está oyendo. Piensa que podría tratarse, que debe de tratarse, de una broma y su primera reacción es reírse.

—Pero si yo no tengo ninguna abuela que se llame así. No conozco a nadie con ese apellido. ¿Ha dicho Douglas?

—Donegal.

Una pausa, y la voz al otro lado de la línea prosigue, incorpórea y desprovista de emoción alguna, como la voz de un sueño:

—Pero Donegal es su apellido de nacimiento. ¿No lo sabía?

—¡Apellido de nacimiento! Y ¿dónde está ese sitio?

—Cardiff, Maine.

Clare nunca ha oído hablar de Cardiff, Maine. De eso está segura.

Ha vivido en Minesota durante gran parte de su vida, al principio en Saint Paul, y luego en Mineápolis. A una enorme distancia de Maine.

En los últimos años, Clare ha vivido en Chicago, Brooklyn, Filadelfia y Bryn Mawr (donde reside ahora). Todavía a una distancia considerable de Maine.

—¿Alguna pregunta?

—N... no...

—Espero no haberle dado un disgusto, señorita Seidel.

¡Claro que no! Solo ha provocado un rasgón en el tejido de mi vida.

Clare le agradece al abogado la llamada. La conversación termina. Ha estado demasiado distraída para preguntarle a Lucius Fischer cuál es el *legado* de Maude Donegal, cuánto dinero o cuántas propiedades, sea lo que sea. Ahora le da demasiada vergüenza como para llamarlo.

Él le ha pedido su dirección. Le enviará unos documentos por un servicio de mensajería UPS que llegarán el día siguiente por la tarde.

Además, incluirán, a petición de ellos mismos, el número de teléfono de los parientes de Donegal en Cardiff. Han manifestado su deseo de que, si Clare viaja hasta allí, ella se quede con ellos.

¡Parientes! Pero se trata de desconocidos, y Clare no puede imaginarse a sí misma quedándose con desconocidos.

Ella valora la soledad, su intimidad. Su actitud distante podría llegar a confundirse con la timidez, y sus reticencias, con secretismo. Ella no es una persona desconfiada por naturaleza, pero (desde luego) no es nada ingenua y, por eso, se pregunta si no habrá nada raro tras esta repentina «buena noticia».

Si se trata de algún tipo de artimaña, pronto lo averiguará: alguien querrá sacarle dinero.

Clare no está familiarizada con los testamentos, las herencias ni los «tribunales de sucesiones». Nunca en su vida ha sido *beneficiaria* del testamento de nadie; ni siquiera se le ha pasado por la cabeza que sus padres adoptivos la incluyeran (es bastante posible; es probable) en sus últimas voluntades, ya que es su única hija y quizá su única heredera...

La llamada del abogado la pilló tan desprevenida que se le pasó lamentar el fallecimiento de Maude Donegal. Teme haber olvidado el nombre. No, aquí lo tiene anotado: «Maude Donegal».

Qué insensible ha debido de parecerle a Lucius Fischer, casi indiferente ante la muerte de su abuela.

¡Pero ella no es mi abuela! No tengo abuelas.

Los abuelos (adoptivos) de Clare ya no viven. Y, cuando vivían, no pintaban mucho en su vida.

Qué extraña le parece a Clare semejante sintaxis: *los abuelos ya no viven*. Como si *no-vivir* fuera algo que los abuelos estuvieran haciendo en la actualidad.

Clare había sentido envidia de sus compañeros de clase cuando se ponían contentos al hablar de sus abuelos. Dándolos totalmente por sentado: *abuela, abuelo*. ¿Qué significaban esas tiernas palabras para ser exactos? Ni los padres de su madre ni los de su padre, que ya eran ancianos en el momento de la adopción, se habían encariñado mucho con su nieta, al parecer.

Clare apenas los recordaba. Unos extraños, que miraban como por encima de un abismo a la diminuta y callada niña adoptada.

(Ay, ¿había sido *callada* Clare? Seguro que no. No la mayor parte del tiempo. Solo recuerda, de una manera vaga, algo...).

(Una especie de red, o telaraña, que le cubría la boca. Unos hilos pegajosos en los labios, enredados en las pestañas. Respira, con jadeos estremecedores, inhala con espanto la telaraña rota en sus fosas nasales).

Clare apenas recuerda nada en absoluto. Eso es un hecho.

Era demasiado pequeña por aquel entonces como para darse cuenta de que, si sus padres hubieran podido tener hijos, lo más probable es que —bueno, es lo más seguro— no la hubieran adoptado. Su amor por ella, su absoluto *interés en ella*, nunca habría surgido si hubieran tenido hijos propios.

En la clase de biología del instituto, Clare aprendió que el ADN lo es todo. Las personas se preocupan por los suyos, por los descendientes que llevan su mismo ADN. En muchas especies, los machos son propensos a destruir la descendencia de otros machos, apareándose con las madres para replicar su propio ADN. Una madre desesperada puede intentar esconder a su cachorro de un depredador macho, pero, una vez que está en celo, se ve obligada a aparearse con el macho empeñado en aniquilar a sus crías para dar paso a las suyas.

Obligada a aparearse. ¿Por qué?

Quizá los padres de sus padres no se habían encariñado con su nieta (adoptiva) por esa razón. Clare no era *uno de los suyos*.

Pero qué antinatural debe de ser, entonces, para los padres biológicos rechazar a sus crías...

He ahí el misterio. A Clare no le había gustado estudiarlo.

Ahora, con los treinta ya cumplidos, se considera demasiado vieja, es decir, no lo bastante joven, ingenua y esperanzada, como para preocuparse de verdad por los padres biológicos y sus antepasados.

¿Para qué arriesgarse a ser lastimada (otra vez)? Aunque nunca ha reconocido del todo haber sido herida alguna vez.

Busca Cardiff, Maine, en una guía de mapas de carreteras. Muy cerca del océano Atlántico. Las poblaciones vecinas de Belfast y Fife sugieren que esta parte (oriental) de Maine fue una vez un asentamiento escocés. Se pregunta si sus antepasados (paternos) eran escoceses, o irlandeses. Hasta esa mañana había pensado más bien poco en sus ancestros.